

¿CUAL ES LA CUESTION? ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LA TRANSICION HACIA EL CAPITALISMO

Un siglo de fervoroso debate en muchos países, la labor de incontables, dedicados y a menudo brillantes académicos de diversas tradiciones intelectuales, los logros de numerosos estudios ricos en perspicacia teórica o fascinación empírica han conducido, sin embargo, a muy poco acuerdo sobre los orígenes del capitalismo moderno. Los puntos fundamentales no sólo continúan en disputa, sino que parecen ser más discutidos cada día. Consideremos algunos ejemplos actuales. El debate en torno al trabajo de Robert Brenner (1) sobre el cambio agrario medieval en Europa occidental, muestra una total ausencia de consenso en cuanto a cómo caracterizar la interrelación de los aspectos políticos y económicos del cambio (así como otros muchos temas menos amplios aunque significativos, tales como la eficacia de las diferentes formas de agricultura medieval).

Las discusiones en torno al trabajo de Perry Anderson (2) no muestran ningún acuerdo sobre el absolutismo europeo: ¿eran las primeras estructuras del Estado moderno entidades más o menos autónomas, o eran fruto de una serie de fuerzas sociales? Y, en el segundo caso, ¿fue el Estado absolutista de Europa occidental la última defensa de la nobleza feudal en la que los impuestos habían incrementado, o incluso desplazado en gran medida las tasas feudales como el vehículo para extraer excedentes económicos adicionales de los campesinos? ¿O era ya el nuevo medio utilizado por la burguesía, rompiendo con las viejas estructuras que obstaculizaban la iniciativa de los nuevos portadores del dinamismo social? ¿O una combinación de ambas cosas? Conceptualmente, ¿vemos el absolutismo — cualquiera que sea su base social (de tener alguna) — como un asunto occidental, o debemos juzgar los estados contemporáneos de Europa del Este como interesantes variantes más que como estructuras totalmente distintas? Además, ¿consideramos el feudalismo como distintivo de Europa occidental (y quizás de Japón), o estamos conformes con la postura de Witold Kula al titular su trabajo sobre Polonia Teoría Económica del Sistema Feudal? (3).

Si nos sentimos atraídos por la propuesta de Immanuel Wallerstein de centrarnos en un Sistema Mundial, en el que existen una multiplicidad de estados dentro de una división de trabajo económicamente unificada que trasciende las fronteras

individuales, ¿consideraremos entonces las operaciones del mercado a escala mundial como la fuente de las expansiones y contracciones del sistema? (4) O, por el contrario, ¿vemos el sistema como impulsado fundamentalmente por la coacción, en el que, si nos arrastran los argumentos de Albert Bergesen y Ronald Schoenberg, encontramos que el sistema mundial se establece por medio de la conquista violenta y se mantiene unido mediante el colonialismo? (5)

Penetrando en otro campo que parece inspirar una intensa emoción a investigadores partidarios de posturas enfrentadas, nos podemos preguntar también de qué modo entran las cuestiones culturales en tales discusiones o, también, en qué medida nos puede convencer la hipótesis de que una peculiar cultura económica occidental de individualismo posesivo, haya proporcionado el pilar sin el cual las transformaciones políticas y económicas pertinentes eran improbables sin olvidar la hipótesis de que debieramos plantear una cultura política occidental supuestamente distintiva, en la que los subordinados tuvieron derechos que limitaran el poder de sus superiores (de manera que los nobles pudieron oponerse, al menos algunas veces, a la voluntad del rey (6), o que los campesinos pudieron ocasionalmente entrar en pleitos contra sus señores). Tal cultura, se dice, puso trabas a un estado excesivamente fuerte, capaz, en otros lugares, de sofocar el dinamismo potencial de la sociedad civil. Para algunos académicos, éstos son desde luego temas de una gran trascendencia, temas que merecen la dedicación de toda una vida, adquiriendo lenguas poco conocidas para estudiar adecuadamente los valores encarnados en diversas tradiciones religiosas a fin de entender, por ejemplo, las formas específicas de la evolución económica y política de Occidente. Para otros investigadores, el tratar de entender la génesis del capitalismo a través de tales consideraciones es sencillamente irrisorio, y en el mejor de los casos da lugar a pintorescas descripciones de curiosidades culturales absolutamente desconectadas de cualquier importancia fundamental.

Responder a estas múltiples cuestiones exige tal grado de erudición histórica e intuición sociológica que pocos son lo suficientemente vanidosos para imaginar que las poseen. Uno de los caminos que se abre a los investigadores se conoce, (gene-

1 Brenner, R., «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», *Past and Present*, 70, 1976, pp. 30-75; «Symposium: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», *Past and Present*, 78, 1978, pp. 24-55; Brenner, R., «The Agrarian Roots of European Capitalism», *Past and Present*, 97, 1982, pp. 16-113.

2 Anderson, P., *Passages from Antiquity to Feudalism*, Verso, Londres, 1974; y del mismo autor: *Lineages of the Absolutist State*, Verso, Londres, 1979.

3 Kula, W., *An Economic Theory of the Feudal System: Toward a Model of the Polish Economy, 1500-1800*, Humanities Prss, Londres, 1976.

4 Wallerstein, I., *The Modern World-System Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, Nueva York, 1974.

5 Bergesen, A. y Schoenberg, R., «Long Waves of Colonial Expansion and Contraction, 1415-1969», en: Bergesen, A. (ed.), *Studies of the Modern World-System*, Academic Prss, Nueva York, 1980.

6 Véase, por ejemplo, el contraste que Richard Pipes pone de relieve entre el feudalismo occidental de la Edad Media y lo que él denomina el «patrimonialismo» de Rusia, en: *Russia Under the Old Regime*, Scribner's, Nueva York, 1974, esp. pp. 48-54.

**¿CUAL ES LA CUESTION? ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE
LA TRANSICION HACIA EL CAPITALISMO**

40 ralmente por sus detractores), como el eclecticismo: el tomar prestado de cualquier tradición teórica aquellas intuiciones que aparentemente ayudan a explicar la cuestión que, en cada momento, se encuentra bajo estudio. Otra respuesta alternativa consiste en identificarse con una tradición académica específica, utilizar su vocabulario, explorar sus hipótesis, y esperar llegar a buen fin. Desafortunadamente, los epónimos fundadores de tales tradiciones estaban tan indecisos sobre las cuestiones básicas como los que aspiran a ser sus descendientes intelectuales.

Parece que Marx vaciló entre considerar la transformación de las relaciones de clase en el campo como la clave de los orígenes de la Europa moderna, o centrarse en el carácter perturbador del desarrollo de las agrupaciones urbanas, que de alguna forma derrocaron el orden feudal desde fuera; Marx dudaba también si se debía situar el período formativo crítico en el corazón de la Edad Media, o si había que mirar considerablemente más tarde. Y sobre asuntos más abstractos, Marx tiene poco que contarnos acerca de las fuentes del dinamismo económico medieval (que iguale su extenso tratamiento del capitalismo), o de la formación de clases en un mundo sin industria a gran escala (7).

Y en cuanto a Weber, mientras que sus admiradores gustan de resaltar el carácter sistemático de su intelecto, y la ventaja que supuso el haber escrito después de Marx, de manera que no sólo pudo leer a éste sino también beneficiarse de una erudición histórica mucho más reciente y minuciosa, queda sin embargo patente que él también dudó ante determinadas cuestiones fundamentales. Dado que Weber desarrolló en un momento tardío de su vida las opiniones expuestas en las conferencias que se convertirían en su Historia económica general, se puede ver un cambio de postura radical, quitando importancia a su declaración más famosa sobre las consecuencias económicas de la psicodinámica calvinista (8). No obstante, hay que señalar que más o menos al mismo tiempo se encontraba preparando una nueva edición de La ética protestante. Luego, marxistas y weberianos, desgraciadamente, deberán encontrar como puedan sus propias intuiciones teóricas y focos empíricos, dado que sus antepasados intelectuales no hicieron el trabajo por ellos. No tenemos por qué sorprendernos si tropezamos ocasionalmente con la afirmación de que Weber rechazó a Marx, mientras que otros nos aseguran que los dos se complementan, a la vez que Randall Collin, en un

trabajo reciente, nos incita a verlos como misteriosamente semejantes en sus opiniones sobre los orígenes del capitalismo.

Quiero sugerir aquí que es muy poco probable que cualquier avance teórico o descubrimiento empírico remedie de una forma radical esta situación, por cuatro razones. En primer lugar, existen divergencias fundamentales en la conceptualización de los fenómenos macrosociológicos, las cuales es muy difícil imaginar que desaparezcan mediante un consenso de que determinado enfoque sea indiscutiblemente superior a los demás. En segundo lugar, existen discrepancias respecto a lo que queremos decir con las «raíces», el «origen», la «génesis» o el «desarrollo» de un todo social complejo, de manera que una serie de investigadores buscando los orígenes del capitalismo, no estarían planteándose las mismas preguntas incluso si estuvieran de acuerdo en lo que es el capitalismo (que no lo están). Tercero, puede que algunos académicos estén tratando de entender un proceso concebido en abstracto mientras que otros están tratando de comprender un acontecimiento. Cuarto, la manera de contestar o incluso de formular preguntas en esta área sirve a determinados intereses. No creo que la cuestión de los intereses plantee dificultades más serias que las derivadas de la absoluta complejidad intelectual, pero tampoco puede decirse que sea un problema insignificante.

Problemas conceptuales

En lo que concierne a las raíces del capitalismo, veo tres problemas de este tipo. En primer lugar está la cuestión de si concebimos los fenómenos sociales como entidades más o menos individualizadas, claramente diferenciables las unas de las otras, o sí, por el contrario, nuestras etiquetas designan polos extremos de lo que es «en la realidad» un todo continuo. Segundo, ¿se considera el objeto bajo investigación como el corazón de un fenómeno social, dotado con suficiente fuerza para afectar a otros muchos elementos de la vida social? O, por el contrario, ¿es lo que se está explorando una configuración, que se puede considerar como compuesta de varios (quizás múltiples) elementos separados, algunos de los cuales son perfectamente capaces de existir de forma independiente o de participar en otras coifiguraciones pertenecientes a otros lugares y épocas? Tercero, al definir el capitalismo, ¿estamos definiendo una parte de una estructura más grande, o estamos definiendo aquella estructura en su integridad?

El primero de estos problemas se suele plantear muy pronto en las discusiones sobre la transición europeo-occidental del feudalismo al capitalismo. Por ejemplo, ¿se ha de concebir el

7. Véanse los textos reunidos en: Marx, K., *Pre-Capitalist Economic Formations*, Lawrence and Wishart, Londres, 1964, y también la introducción de E.H. Hobsbawm.

8. Randall Collins se ocupa del cambio en el punto de vista de Weber, en: *Weberian Sociological Theorv*. CUP, Cambridge, 1986, pp 19-44.

«feudalismo» como una entidad nítidamente definida de tal manera que, al menos en principio, podemos identificar algún proceso claramente comprensible que condujo a su fin? (9) En torno a esta estrategia de definición se ha desarrollado un juego academicista bastante común. El historiador medieval «A» declara que emplea el término feudalismo para designar un modo particular de extracción de excedentes, o una forma específica de soberanía política parcelada, o una determinada estructura de relaciones jerárquicas dentro de un estrato guerrero dominante, o una peculiar convivencia de la agricultura de subsistencia con un mercado escasamente desarrollado aunque no totalmente inexistente, o cualquier otra cosa. Resolver el problema de la transición equivale, así, a explicar la desaparición de esta estructura. El historiador medieval «B», entonces, defiende una definición distinta del feudalismo, que, si se acepta como buena, anula la solución propuesta por «A». En tanto que el historiador «C» señala que la estructura tal y como la definió «A» no existió en Cataluña, Flandes, o Frisia, de manera que incluso una lograda explicación de su desaparición no puede constituir una solución general para el problema del surgimiento del capitalismo moderno. El historiador «D» acepta que esta estructura pudo existir en alguna parte, pero como ya había desaparecido con anterioridad a 1200 o 1300 (o cuando sea), nos encontramos ante un intervalo pre-capitalista excesivamente largo para que el ocaso de la estructura constituya una explicación adecuada de la transición. Y en este momento el avispado y joven historiador «E» escribe una brillante monografía en la que sostiene que la estructura nunca existió en sitio alguno como una realidad, sino que era meramente un ideal, por lo que no sirve como una definición útil de una forma social (a no ser, claro está, que se esté dispuesto a que los ideales entren a formar parte de tal definición).

De esta manera, si, por ejemplo, argumentamos que los lazos de afecto y tradición que ligaban al guerrero a su señor nunca fueron realmente adecuados para las ambiciones militares de los reyes, y que, desde muy pronto, los reyes de carne y hueso pagaban tropas con el fin de suplementar la insufi-

ciencia de las fuerzas que podían persuadir a sus fieles vasallos que trajeran al campo de batalla (10), probablemente nos sentiremos tentados de razonar que la ineficacia del ejército feudal, obligado a enfrentarse a nuevas circunstancias, no puede considerarse la causa de nada importante, puesto que la existencia de ese ejército nunca había sido mucho más que una bonita historia.

En resumen, cualquier estrategia definitoria que contemple el ocaso de algún «feudalismo» claramente demarcado, está abierta a multitud de objeciones empíricas, algunas de las cuales estarán bien fundadas. Por supuesto muchas de las cosas que parecen estar tan claras hoy, serán echadas por tierra mañana por ese prometedor estudiante posgraduado que ahora libra batalla entre los polvorientos y viejos archivos.

Otra alternativa estribaría en considerar nuestros conceptos como prácticos marcadores del camino en un todo continuo: un extremo es relativamente «feudal»; el otro, más o menos «capitalista»; y entre ellos hay un sinfín de estadios. De este modo las dificultades empíricas se hacen menos condenatorias. Si el feudalismo puro, (sea cual sea el criterio), no existió aquí o allá, si acabó pronto, o si quizás nunca correspondió a la realidad perfectamente, ¿qué importa? Tenemos simplemente una **reafirmación** de las razones mismas para evitar las dicotomías nítidas.

Sin embargo, al tomar este segundo camino nos amenaza el peligro de perder totalmente el control sobre cualquier definición de un problema teórico. Si el espacio histórico ocupado por un feudalismo o capitalismo nítidamente demarcados es cada vez menor, entonces una proporción creciente del espacio histórico entra a formar parte de la transición. Por consiguiente, en vez de concebir la transición como el intervalo entre dos tipologías sociales claramente entendidas y el conjunto de procesos por los que se efectuó esa transformación, ahora la transición viene a ocupar la mayor parte del terreno. Si todo forma parte de la transición, entonces se pierde la sensación de un estadio inicial y un estadio final que al principio enmarcaban el problema. Además, al llegar la transición a abarcar un campo tan amplio desde el punto de vista temporal (y quizás también espacial) es posible defender el punto de vista de que prácticamente todo lo que jamás ocurrió sea una de las causas de la transición, si no es una parte constituyente de esa transición.

Una segunda distinción a hacer en lo referente a la técnica de establecer definiciones es aquella que diferencia entre la búsqueda del rasgo fundamental de la estructura macrosocio-

9 Respecto a las dificultades inherentes a la definición del feudalismo, véase: Postan, M.M., «Feudalism and its Decline: A Semantic Exercise», en: Aston, T.H. et al (eds.), *Social Relations and Ideas: Essays in Honour of R.H. Hilton*, CUP, Cambridge, 1983; y Hilton, R.J., *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Macmillan, Londres, 1985. Los múltiples usos del término feudalismo, a pesar de dar pie a alguna confusión, tienen la ventaja de haber dirigido la atención de investigadores hacia aspectos muy diferentes, aunque significativos, de la vida social. Recordemos las originales y penetrantes intuiciones proporcionadas por tres modelos de feudalismo totalmente distintos: Strayer, J.R., *Feudalism*, Van Nostrand, Nueva York, 1965; Kula, W., *An Economic Theory of the Feudal System: Toward a Model of Polish Economy, 1500-1800*, Humanities Press, Londres, 1976; Baechler, J., «Aux origines de la modernité, castes et féodalités: Europe, Inde, Japon», en: *Archives Européennes de la Sociologie*, 27, 1986, pp.31-57.

10. Strayer, J.R., *Feudalism*, op. cit., pp.28-29.

¿CUAL ES LA CUESTION? ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LA TRANSICION HACIA EL CAPITALISMO

42 lógica a estudiar, frente a lo que yo llamo el enfoque configurativo. Si, por ejemplo, definimos el capitalismo como un sistema en el que la tierra, el trabajo y el capital tienen precios determinados por el mercado, adoptamos una definición del primer tipo (11). A la vista de la ausencia de consenso sobre cómo identificar una «mejor» definición de esta clase, naturalmente se producen disputas acerca de los procesos históricos que generaron el fenómeno en cuestión entrelazadas con disputas acerca de cuál es el corazón del fenómeno. Por ejemplo, Eric Wolf critica a Wallerstein por no darse cuenta de que, por muy orientada al mercado que hubiera estado la vida económica en la Europa moderna temprana, no podemos llamarlo capitalismo en tanto en cuanto el control del trabajo por los capitalistas no está totalmente desarrollado (12). Tal estrategia definitoria probablemente conducirá a disputas sobre si un determinado estado de hechos es realmente capitalista o no.

Así pues, nos encontramos con infinitas (y, para los no iniciados, áridas) discusiones sobre si, por ejemplo, la Latinoamérica colonial era «en realidad» feudal o capitalista. Aquellos que proponen lo primero deben entender el capitalismo en el sentido de la extracción de excedentes de obreros obligados a vender su trabajo; la naturaleza coactiva del trabajo en Perú convierte a aquel lugar en feudal. Sin embargo, para aquellos que ven el capitalismo donde observan un estrato dominante impulsado por los beneficios y buscando posiciones de ventaja en el mercado (independientemente de cómo obtiene la fuerza laboral), esto es claramente capitalismo. Si tuviéramos que imaginar a ambas partes deliberando acerca del desarrollo del capitalismo en Latinoamérica, sería un curioso debate puesto que las dos partes estarían en realidad planteando cuestiones diferentes: la primera preocupada por la transición hacia el trabajo asalariado y la progresiva eliminación de la coacción extra-económica, la segunda centrándose en la conquista ibérica de las Américas y su consiguiente incorporación al mundo capitalista en expansión. Desde la primera perspectiva pueden haber ocurrido (y seguir ocurriendo) muchas transiciones del feudalismo al capitalismo. Desde la segunda, de acuerdo con la visión de Wallerstein, sólo existió (y puede existir) una tal transición; con posterioridad solamente hemos tenido procesos de incorporación a la única y verdadera economía mundial capitalista (13).

11. Otra cuestión es si se imagina un continuo (en el cual las estructuras sociales participan en el capitalismo en mayor o menor grado), u una dicotomía (donde las estructuras sociales o bien son, o bien no son, capitalistas)

12. Wolf, E. R. *Europe and the People Without History*, University of California Prss. Berkeley, 1982. pp 296-296.

Un modo de definición alternativo puede llamarse configurativo. Se especifica un conjunto de características, y la cuestión de si éstas deben o no ocurrir juntas puede ser incluso tomado como problemática. Algunos elementos de la configuración pueden ocurrir independientemente de otros. Queda abierta la pregunta de exactamente cuántos y cuáles de los elementos de la configuración deben presentarse conjuntamente para que se pueda afirmar que la definición ha sido satisfecha, pero resulta fácil enfocar el análisis sobre la interacción de procesos sociales en vez de dirigir nuestra atención hacia el significado de las palabras. Consideremos la cultura del individualismo, algunas veces defendida como algo distintivamente occidental. Como algunos creen que el centro del capitalismo se está desplazando hacia Asia oriental, de repente nos encontramos con ensayistas que dudan que el individualismo adquisitivo sea un elemento esencial del capitalismo, sino que es más bien un rasgo de la cultura occidental cuya asociación con el capitalismo es quizás una consecuencia accidental de la localización de la cuna histórica del capitalismo en Occidente. De modo que ahora se nos afirma que una faceta (una de tipo cultural) de la configuración capitalista occidental se puede separar del resto, sin que deje de funcionar perfectamente sin ella.

En tercer lugar, llegamos a la cuestión de cuál es la entidad a la que el término «capitalista» o «feudal» (o cualquier otro) se ha de aplicar (14). Si éstos son términos apropiados para designar una relación entre los dominantes y los dominados, muy posiblemente preferiríamos escoger «feudal» como una caracterización de ciertas formas coactivas de control del trabajo (15); si las organizaciones altamente racionalizadas que se orientan hacia los beneficios son capitalistas, entonces encontramos focos de capitalismo floreciendo en la Edad Media. Por otra parte, se podría insistir en que no es cuestión de pequeñas estructuras sino de «todos» sociales: el capitalismo de Wallerstein caracteriza un sistema mundial. Se nos viene a la mente la distinción de Polanyi entre el mercado como una institución que ha existido en muchos momentos y lugares, y el mercado como la institución dominante a la que todas las demás deben ajustarse. Esta última es característica únicamente

13. Wallerstein, I., «From Feudalism to Capitalism. Transition or Transitions», en: *The Capitalist World-Economy*, CUP, Cambridge, 1979

14. De ser marxista, uno podría preguntar qué es lo que tiene un modo de producción. Véase: Stinchcombe, A. L., *Economic Sociology*. Academic Prss. Nueva York, 1983, pp.247-249.

15. Así, para algunos investigadores el tipo de agricultura familiar que moviliza la mano de obra a través de los vínculos de parentesco, y no mediante salarios, está involucrado en la «producción de bienes de consumo a pequeña escala» y no en la «producción capitalista». (Friedman, H., «World Market, State and Family Farm: Social Bases of Household Production in the Era of Wage Labor». *Comparative Studies in Society and History*. 20, 1978, pp 545-586)

te del capitalismo: e incluso, si seguimos a Polanyi (16), es característica de una determinada etapa del capitalismo, pues no hay que ignorar la importancia de otros factores sociales aparte del mercado.

Orígenes

Enchufo mi tostador eléctrico y — muy despacio ya que, como muchos productos recientes de la industria americana, mi tostador no funciona muy bien — el pan se oscurece. Entonces, ¿qué es lo que necesitamos estudiar para entender la transición entre el pan y la tostada? Posiblemente deseáramos indagar acerca de la química del pan en interacción con el calor; o averiguar por qué el tostador se calentó, lo cual nos llevaría a la estructura de los tostadores; o analizar los factores que me movieron a hacer tostadas; o reconstruir la historia de la electrificación en Pittsburgh. Y si realmente quisiésemos extendernos, podríamos emprender una investigación sobre los motivos de que todas las cosas que podían haberme impedido hacer tostadas no ocurrieron.

Además de los problemas para definir el capitalismo (y a veces complicada por ellos) está la indefinición fundamental de la cuestión de los orígenes, que en realidad no es una cuestión sino muchas. Si bien es cierto que algunas cuestiones de orígenes plantean un sinnúmero de interrogantes plausibles, yo creo que gran parte del trabajo reciente se ha organizado en torno a relativamente pocos aspectos.

En primer lugar, muchos trabajan activamente en el estudio del debilitamiento o desaparición de estructuras económicas, políticas, o culturales características del pasado europeo. Segundo, un gran número se dedican a estudiar la aparición de fenómenos que se asocian con la actualidad capitalista: el desarrollo de un proletariado rural, o las rutinas de la repetitiva y estandarizada producción industrial, o la aplicación sistemática del pensamiento racional a la vida económica, o la aparición de los partidos políticos de masas, o el desarrollo de formas específicas de conciencia de clase y lucha de clases. Y en tercer lugar otros muchos centran sus investigaciones en torno a la historia del dominio económico, político o cultural de Occidente.

Me gustaría recalcar que estas cuestiones, aunque se superponen unas a otras, también son claramente distinguibles. La desaparición de algún aspecto del pasado y la aparición de otro aspecto del presente pueden estar perfectamente ligadas si la

primera es requisito previo para la segunda. Pero también pueden estar totalmente desconectadas, o puede que las conexiones entre ellas sean complejas o intrincadas. Si uno ha identificado de manera exacta un elemento axial del feudalismo y al mismo tiempo determinados elementos centrales del capitalismo constituyen la única alternativa, entonces explicar el declive del feudalismo y explicar la génesis del capitalismo son acciones equivalentes. Pero si uno ha identificado un elemento de la sociedad feudal que no es esencial, que es simplemente parte de una configuración, entonces es posible que su desgaste no provoque necesariamente el desgaste de otros elementos de la configuración. Y si existen pautas sociales distintas a las claramente feudales o las claramente capitalistas que pueden existir en conjunción con estos otros elementos o que pueden surgir como sucesoras de la institución feudal cuyo caso hemos explicado, entonces el debilitamiento de un elemento del feudalismo puede venir a ser la explicación del surgimiento de algo diferente, pero ese algo todavía no es capitalista. Además, dentro de esta línea de análisis la transición se convierte en algo con su propia dinámica a explicar.

La visión configurativa sugiere, además, la posibilidad de encontrarnos repetidamente ante una simbiosis de elementos que algunos llamarían feudales, con elementos que otros considerarían capitalistas: por ejemplo, una antigua nobleza que invierte en la fabricación del hierro para un mercado urbano en crecimiento. También descubriremos que, enquistados dentro de períodos que normalmente no consideramos como aún dominados por el capitalismo, existen rasgos sociales a menudo asociados con (y quizás tomados por algunos para definir) la era capitalista: formas altamente racionalizadas de esfuerzo económico por parte de algunos monasterios medievales; o tal vez el cálculo económico carente de todo sentimiento que gobernaba las prácticas de herencia de los aristócratas; o la postura de los agentes de los estados monárquicos burocratizadores que no siempre desgastaban a las comunidades rurales tradicionales de Europa occidental, sino que a veces las fortalecían con fines impositivos (una aldea económicamente sana puede pagar mejor, y es más fácil recolectar de un pueblo con responsabilidad recaudatoria colectiva que de individuos independientes).

El aspecto que acabamos de presentar está claramente relacionado con la anterior discusión sobre definiciones. Aquellos que se inclinan por las dicotomías marcadas probablemente estudiarían como si se tratara de un solo fenómeno la desaparición de una estructura del pasado y la aparición de otra estructura del presente. Sin embargo la unificación de estos dos aspectos no es la única fuente de confusión al plantear el te-

16. Polanyi, K. *The Great Transformation: The Political and Social Origins of Our Time*. Beacon Press, Boston, 1957.

¿CUAL ES LA CUESTION? ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LA TRANSICION HACIA EL CAPITALISMO

ma de los orígenes, ya que también se inmiscuye en la discusión otro asunto: la historia de la hegemonía occidental. No es, desde luego, su fascinación intrínseca la que ha hecho del surgimiento del capitalismo un objeto tan ampliamente estudiado, sino la penetración política, económica, y cultural del mundo por parte del capitalismo occidental, así como la larga historia de luchas, bien para oponerse a esa situación bien para aprovecharla. Pero por muy embrollados que estén, desde el punto de vista empírico, la hegemonía occidental y el capitalismo de occidente, no se debe dar por hecho, en la teoría, que los dos sean idénticos. Cuando atribuimos una significación mundial a rasgos occidentales como el desarrollo de mejores carreteras, la historia de la acuñación monetaria, la esotérica evolución de los instrumentos de crédito, o la historia especializada de la tecnología naval de los buques de alta mar, mientras que desarrollos paralelos en China son tratados como meros asuntos chinos, ¿es esto debido a que Occidente vio el definitivo florecimiento del capitalismo y China no? ¿O porque Occidente invadió a China y no lo contrario? Con la sabiduría que da el conocimiento de lo ya ocurrido, y debido en gran medida a la aureola de la dominación mundial, muchos investigadores que no sienten ninguna fascinación especial por tales fenómenos acometen el estudio de las leyes que gobernaban las asociaciones de la banca italiana renacentista, o los avances de la artillería naval portuguesa, porque sabemos que éstas formaron parte de la transición, mientras que el temprano adelanto de China en materia de moneda, o en la introducción de carreteras pavimentadas, se contempla como una mera calle sin salida.

Metodológicamente, aquí está la mayor dificultad, ya que es muy poco probable que lleguemos a comprender ningún conjunto macrosociológico sin una exploración comparativa de otras estructuras. Esto queda particularmente claro cuando nos ocupamos de lo que es contingente desde el punto de vista histórico. Por mucho potencial dinámico que hubiera yacido enterrado al final de la Edad Media, solamente la ausencia de otro sistema hegemónico capaz de sofocarlo en la cuna permitió que ese potencial se realizara. Aquí tenemos una condición previa esencial aunque generalmente no advertida, (¿quizás porque es tan obvia?).

Lo que yo propongo, entonces, es el estudio comparativo de grandes sistemas macrosociológicos, por dos motivos. Primero, por la simple razón metodológica de que sin el estudio comparativo no podemos de ninguna manera esperar aislar, de entre todas las innumerables formas en que el Occidente pudo ser distintivo en el año 1100, 1200 ó 1300, las diferencias concretas que realmente fueron decisivas y permitieron

la hegemonía occidental, y, con ella, la supervivencia de la transición occidental hacia el capitalismo (17). Y segundo, por la contingencia histórica que no ocurrió: si existen plausibles pretendientes a la hegemonía con anterioridad a la expansión occidental, esa caída anterior, en virtud de su status como condición previa esencial para la hegemonía de Occidente, es también un elemento de la transición occidental hacia el capitalismo que ha de ser estudiado. Uno de los motivos del ascenso de Occidente fue la caída de Oriente. Algunos sinólogos, (estoy pensando concretamente en Mark Elvin) (18), son conscientes de la importancia de este hecho. Un islamista, observando los avances logrados por los musulmanes en el área de las finanzas, en una ocasión dijo, bromeando, que si la fortuna de la guerra hubiera sido diferente, podríamos estar debatiendo ahora «la ética musulmana y el espíritu del capitalismo». Actualmente, el intento de Janet Abu-Lughod por desvelar la dinámica y el declive final de una enorme red comercial y financiera con su centro en Asia, que unía ciudades desde los Países Bajos, pasando por Oriente Medio, hasta China en los siglos doce y trece, merece nuestra mayor atención (19).

Sin tales estudios comparativos, —y los límites de la erudición y energía humanas ayudan a explicar su escasez—, jamás podremos averiguar con certeza cuáles son realmente los rasgos críticos que determinan la singularidad de Occidente. ¿Son de tipo político estos rasgos críticos, tal como, a mi entender, quiso decir Marx al hablar de una sociedad burguesa creciendo en los intersticios del orden feudal? (La existencia de «intersticios» implica un estado que no puede dominar a una aristocracia localmente poderosa, pero que tampoco es totalmente un instrumento de esa aristocracia; o un enfrentamiento Iglesia-Estado en el que ninguna de las partes tiene pleno dominio sobre la otra; etc.) O ¿preferimos dirigir nuestra mirada al distante Dios cristiano, quien, sin estar encarnado en el agua, las rocas y los árboles, permite a los seres humanos, (que son las únicas criaturas hechas a imagen y semejanza suyas), obrar

17. La investigación comparada es el único método que disfruta de posibilidades reales de éxito; no obstante, la certeza está aún lejos de nuestro alcance por dos motivos. Por una parte, en el contexto de unos sistemas complejamente interrelacionados, pequeñas diferencias iniciales pronto pueden verse amplificadas de forma radical. Cabe la posibilidad de que logremos describir las divergencias que se produjeron en Occidente, llegando a comprender la dinámica del capitalismo después de su puesta en marcha, y sin embargo podemos fracasar en el intento de identificar aquel rasgo pequeño (y por ello difícil de medir con los rudos instrumentos de las Ciencias Sociales) pero al mismo tiempo crucial, el cual desencadenó toda la evolución posterior. Por otra parte, la complejidad del proceso resulta abrumadora si tenemos en cuenta el escaso número de rasos adecuados para la comparación.

18. Véase: Elvin, M.. *The Pattern of the Chinese Past. A Social and Economic Interpretation*. Stanford University Press, Stanford, 1973.

19. Abu-Lughod, J.. «Did the West Rise or Did the East Fall? Some Reflections from the Thirteenth Century World System», comunicación presentada en el curso de las reuniones de la American Sociological Association, 1987.

libremente sobre el mundo meramente material y desespiritualizado?⁽²⁰⁾ (Resulta verdaderamente difícil imaginar algunos de los logros del capitalismo sin el fervor por la expoliación del mundo natural tan magníficamente representada por Ibsen en su obra *John Gabriel Borkman*.) El problema de si las hipótesis políticas o culturales que se acaban de plantear son críticas con respecto al desarrollo occidental (si es que son siquiera características de Occidente)⁽²¹⁾ nunca será resuelto sin unos estudios comparativos de una envergadura tal que pocos están intelectualmente preparados para llevarlos a cabo. En la ausencia de estas investigaciones, el número de hipótesis atendibles está limitado sólo por la ingeniosidad de los investigadores o por las anteojeras autoimpuestas (uno debe —o no debe— mirar al dominio cultural, por ejemplo).

Un proceso o un acontecimiento

Todavía queda otro sentido en el que los investigadores han formulado preguntas de forma diferente los unos de los otros. Para algunos, una teoría propiamente construida implica un explicandum concebido de manera bastante abstracta. Pongamos por ejemplo el nacimiento de una esfera económica distinta en la cual las acciones humanas no están mezcladas con consideraciones de parentesco y tradición. A partir de ahí se puede analizar las estructuras sociales que se mueven en esa dirección, para intentar discernir los mecanismos causantes. En consonancia con el carácter abstracto de la formulación, no hay ningún factor que nos obligue a limitar nuestra investigación a Europa occidental. Consideremos la hipótesis de Max Weber de que un estado burocrático eficaz y la existencia de unos recursos económicos móviles tienden a desarrollarse de forma paralela, apoyándose el uno en el otro. El estado protege al mercado y el mercado proporciona recursos al estado. Sobran razones para estudiar esta afirmación en todos los contextos sociales imaginables. Partiendo de esta formulación abstracta de la capacidad de una estructura política y otra económica de respaldarse mutuamente, se nos invita a estudiar la interrelación de la burocracia estatal y las economías del mercado en cualquier parte⁽²²⁾.

Para otros investigadores, la cuestión de los orígenes tiene

que ver clarísimamente con un suceso único, y es justamente el desarrollo europeo-occidental el que debe ser explicado. Además, desde su punto de vista, si uno no hace más que hablar de procesos generales incuestionablemente fracasa en el intento de capturar y explicar esa unicidad.

Pero incluso si aceptáramos centrarnos en lo que es único, todavía se nos presentaría más de un interrogante si sostuviéramos que el capitalismo es característico no sólo de un lugar, sino también de un período concreto. La pregunta de por qué la transición ocurrió en Occidente puede ser muy diferente de la de por qué ocurrió después del 1200, 1400 ó 1800 (la fecha depende mucho de la definición de capitalismo). El Cristianismo puede (o no) explicar la originalidad occidental pero apenas explica el momento del establecimiento de la economía mundial europea, o el dominio del mercado, o el desmantelamiento de la Ley de Pobres inglesa, o la Revolución Industrial (o cualquier otro indicador de la culminación del capitalismo que se quiera escoger).

Intereses

Las posiciones que se toman en relación con muchas de estas preguntas sobre el pasado suelen estar de alguna manera conectadas con posiciones políticas respecto al presente, aunque no, según creo, de una manera estable. El tratado de Lenin sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia se redactó con la intención de criticar la visión de los populistas sobre la originalidad rusa. Si la postura de la izquierda durante los últimos años de la Rusia zarista consistía en mostrar que las instituciones pre-capitalistas habían sido desgastadas por el cambio económico, en el Perú de los años veinte José Carlos Mariátegui ponía sus esperanzas de lograr una ruptura revolucionaria precisamente en el hecho de que las instituciones pre-capitalistas seguían tan viables como antes. El factor común no es una actitud intelectual determinada, sino más bien que a menudo nos encontramos con una toma de posición derechista o izquierdista en cuestiones relacionadas con las transiciones.

Y cuando consideramos la íntima relación entre el desarrollo del capitalismo y la hegemonía occidental, también nos encontramos con investigadores tomando posiciones bajo la influencia de identificaciones culturales. Así, es fácil que una apología de la originalidad occidental se transforme imperceptiblemente en una orgullosa afirmación de la superioridad de Occidente, mientras que una negación de tal originalidad apela a los sentimientos anticolonialistas. Los académicos no son inmunes al tirón de los sentimientos, por no mencionar la ba-

20. Landes, D., *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*. CUP, Cambridge, 1972, p.24.

21. Para un ejemplo de la postura crítica de las afirmaciones de la unicidad cultural de Occidente y su efecto sobre el cambio económico, véase: Rodinson, M., *Islam and Capitalism*, Pantheon Books, Nueva York, 1973.

22. Un aspecto bastante desconcertante de la obra de Weber es su paso del estudio de un proceso abstracto al estudio de los rasgos peculiares de una constelación delimitada en el tiempo y en el espacio, el Occidente moderno (por muy imprecisa que sea la formulación de los límites).

**¿CUAL ES LA CUESTION? ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE
LA TRANSICION HACIA EL CAPITALISMO**

-
- 46 lanza de costes y recompensas que le corresponden a alguien que adopta opiniones consideradas de importancia en las luchas políticas actuales. Uno puede centrar su intelecto en el pasado, pero sigue teniendo sus compromisos morales, sentimentales, prácticos y políticos en el presente. El hecho de que ahora vivamos rodeados por un millar de marxismos significa simplemente que una descripción clara de la interacción de asuntos actuales y tesis de la transformación social en el pasado se ha vuelto excesivamente compleja: no significa, desde luego, que tal interacción haya desaparecido.

Conclusión

Existen muy pocas posibilidades de que se produzca, en un futuro previsible, un consenso entre los investigadores sobre qué procesos generaron el capitalismo, porque no es probable que se alcance un nivel significativo de entendimiento común respecto a la pregunta que se plantea, y también, hasta cierto punto, debido a que estos temas juegan un papel en las luchas políticas del momento.

Espero que no se tome esto como un grito de desesperación. Si no hemos contestado a la pregunta aparentemente central —y creo que no la contestaremos— es, no obstante, cierto que hemos producido magníficos trabajos de erudición sobre las estructuras de clase en el medio rural, sobre el bastidor cultural de la vida económica en múltiples momentos y lugares, sobre el complejo fenómeno de la aceptación o resistencia al cambio por parte del pueblo, sobre la extraordinaria ingeniosidad de los intereses financieros a la hora de construir instituciones sociales, sobre los creadores de nuevas tecnologías al forjar instrumentos nuevos para extender el dominio humano del mundo natural, y sobre otros mil caminos menores de la experiencia humana que entran a formar parte del desarrollo del capitalismo. Es un logro impresionante.

Septiembre, 1987